Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz

Consejo Mundial de Iglesias
10ª Asamblea
30 de octubre al 8 de noviembre de 2013
Busan, República de Corea

Documento No. **PRAY 01**

NO DIFUNDIR ANTES DE SU PRESENTACIÓN

ES

Traducción provisional del inglés,
Servicio Lingüístico, CMI

MENSAJE DE BENDICIÓN

SU SANTIDAD KAREKIN II
PATRIARCA SUPREMO Y CATOLICÓS DE TODOS LOS ARMENIOS

"Entonces él les dijo: —¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?"
(Lucas 24:25-26)

Honorables autoridades de la República de Corea,
Respetados dirigentes del Consejo Mundial de Iglesias,
Reverendos hermanos y hermanas
Queridos participantes en esta Asamblea:

Es con una inmensa alegría espiritual que saludo a ustedes, participantes en la Décima Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias. Hemos viajado hasta aquí desde la antigua tierra de Armenia, a la sombra del bíblico Monte Ararat. El pueblo de esta tierra fue el primero en abrazar el cristianismo como fe nacional, en establecer el primer reino cristiano sobre la Tierra. Traemos con nosotros más de 1.700 años de bendiciones de nuestra antigua y vibrante Sede Madre de Santa Etchmiadzin a todos ustedes reunidos aquí: nuestras hermanas y hermanos, nuestros amigos y amigas y colaboradores en la misión permanente de hacer brillar la Luz de nuestro Señor Jesucristo en cada rincón del mundo.

Ofrecemos una bendición especial al pueblo de Corea, nuestra nación anfitriona. Como armenios sentimos una gran afinidad con ellos. Al igual que nosotros el pueblo coreano ha conocido el dolor, la dominación y la división en su larga y rica historia; pero esas circunstancias no han hecho mella en su espíritu creativo o en su aspiración a la libertad. La luz de Cristo brilla con intensidad en su celo evangélico, y estamos orgullosos de ser testigos del fortalecimiento de su maravillosa comunidad cristiana.

También expresamos nuestra profunda gratitud al Consejo Mundial de Iglesias, a todos sus dirigentes, y al secretario general del CMI, el Dr. Olav Fykse Tveit. La Iglesia Armenia está orgullosa de ser parte de esta organización desde hace más de cinco décadas. En los últimos años, el Dr. Tveit fue nuestro querido huésped cuando visitó nuestra Sede Madre de Santa Etchmiadzin.

El espíritu ecuménico tiene profundas raíces en la civilización armenia – que se remontan a los benditos padres de la Iglesia Apostólica Armenia: San Nersès el Gracioso, San Nersès de Lampron, y a su legado. En la Edad Media, entablaron valientemente diálogos con los católicos romanos y las iglesias bizantinas, bajo el noble axioma. "En lo esencial unidad, en lo no esencial libertad y en todas las cosas, amor". Del mismo modo, actualmente, la Iglesia Armenia se felicita sinceramente del diálogo ampliado —la búsqueda

de un terreno común y de apoyo mutuo—para la gloria de la Santa Iglesia de Cristo, la paz del mundo y el bien de toda la humanidad.

* * *

En el nombre del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

Demos gloria al Señor, quien con su presencia trae luz al corazón humano.

Hace un momento hemos escuchado la historia del Evangelio acerca del milagro en el camino de Emaús. Nos habla de cómo el Señor resucitado, pocas horas después de su resurrección, apareció a dos de sus discípulos y habló con ellos. Los viajeros estaban tan desanimados que ni siquiera reconocieron a su Maestro. Sin embargo el Señor, gracias a sus palabras y presencia personal, disipó sus dudas, y los dejó con un profundo sentimiento de esperanza y de fe —y una conciencia mayor del poder redentor de Dios.

Volvieron a Jerusalén y comunicaron su alegría a los demás discípulos de Cristo, despejando así la incredulidad y el abatimiento de su círculo que pronto llegaría a ser la Iglesia. Esa habitación de Jerusalén y los discípulos que allí estaban representan la Iglesia en su plena y gloriosa unidad. Es el cumplimiento de las palabras del Señor Resucitado:

> *"Ustedes no me eligieron a mí. Más bien, yo los elegí a ustedes, y los he puesto para que vayan y lleven fruto, y su fruto permanezca…. Éste es mi mandamiento para ustedes: Que se amen unos a otros".* (Juan 15:16-17)

Y unos 2.000 años más tarde, nosotros también—cada uno a su modo—continuamos esa misión. Ciertamente, las palabras de San Juan resuenan asimismo en esta reunión. Porque hoy estamos nosotros también en un mismo lugar y con un solo corazón, reunidos como ramas de la vid verdadera. Cada uno de nosotros es diferente y único, pero somos brotes de la misma raíz. Nuestra fe común en Cristo—en verdad, nuestro amor por el Señor—es lo que nos une. Este ejemplo de unidad es el que todos los participantes en el movimiento ecuménico están llamados antes que nada a demostrar. Debemos luchar ante todo por la unidad espiritual: una unidad en la fe y el servicio; una unidad en el testimonio en todas las partes del mundo en el nombre de Jesucristo y de su Santa Iglesia.

Hablar en el nombre de Cristo, actuar con la presencia de Cristo—con franqueza y sin vacilación—es lo que entraña el testimonio. Ciertamente, nuestras palabras y acciones deben ser sensatas, sobrias, responsables—incluso prudentes en ciertas circunstancias. Sin embargo, restar importancia o pretender ocultar al Autor de nuestra unidad es como querer tapar la "luz que alumbra sobre el monte". Es esconder la única fuente de iluminación que puede traspasar la oscuridad del mundo, y traer claridad de visión a la humanidad.

* * *

Cierto es que las culturas paganas anteriores a la Biblia no se preocupaban mucho por los pobres del mundo. Sin embargo, también es cada vez más claro que la sociedad en la época moderna poco se ocupa o se preocupa de los pobres entre nosotros—se trate de pobres en necesidades materiales o de pobres en espíritu.

Por el contrario*, fue Jesús* bendijo a los pobres. *Fue Jesús* ofreció su breve vida y ministerio para traer consuelo a los pobres en espíritu, y socorro al empobrecimiento material y espiritual de la humanidad. *Fue Jesús* quien, extendiendo el legado de los profetas hebreos, colocó esos valores en el centro de la preocupación por toda la familia humana—de hecho, fue quien hizo que esas preocupaciones sean la medida misma de nuestra humanidad.

Ahora bien, nuestro Señor fue igual de claro respecto a que cualquier "solución" al problema de la pobreza —y de todo los males humanos—sólo puede venir de Cristo mismo: mediante nuestro conocimiento del

dominio de Cristo, nuestra aceptación agradecida de su sacrificio y resurrección, y nuestra respuesta sin condiciones a su invitación amorosa de: "síganme".

Con este entendimiento, nuestro Señor estableció la Iglesia, para que sea la barca de la "cercanía" de Cristo en el mundo. De ahí que el tema de esta Asamblea sea aún más imperativo hoy que nunca antes:

"Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz, ante todo fortaleciendo la misión de la Santa Iglesia de Cristo".

Los grandes problemas del mundo de hoy son sobre todo problemas debidos a la distancia de los seres humanos de Dios; que suele ser una distancia deliberada—una resistencia dictada por el orgullo a la idea misma de un Ser Supremo amante y justo. Esa resistencia, esa distancia de Dios son nada menos que una licencia que permite ignorar los derechos de nuestros prójimos, y considerar como tolerable cualesquiera medios de alcanzar un objetivo.

El cristianismo nos enseña otro camino—nos conduce por un camino diferente: el camino de Emaús. Ese milagro nos recuerda que, incluso en los momentos de derrota aparente, Cristo está con nosotros. No está distante sino eternamente próximo. Está con nosotros aunque no lo reconozcamos. Nos sostiene, alimentando nuestros espíritus y abriendo nuestras mentes. Y al hacerlo, Cristo nos inspira para que compartamos lo que tenemos con otros en un espíritu de generosidad, fraternidad y esperanza.

Por medio de Cristo, se nos estimula a emprender una misión personal para con otros—a considerar a nuestros prójimos, sin excepción, en la plena dignidad y santidad de su personalidad. Esta es la misión singular de la Santa Iglesia de Cristo, que no puede ser reproducida por el estado administrativo ni sustituida por la tecnología. Como sugiere el tema de esta reunión, fortalecer esa misión es el primer paso de un camino cuyo destino es un mundo en el prevalezca la justicia y la paz. Para llegar allí debemos estar dispuestos—con toda humildad—a que nos conduzca el Dios de la Vida.

* * *

Él nos conduce a un mundo con muchas dimensiones: "una casa con muchas moradas", donde muchas personas diferentes, de orígenes sociales diferentes, pueden encontrar un verdadero hogar. Pero los cimientos de esa casa, los valores fundamentales, son claros.

El primero de los valores fundacionales es la moralidad. Se pueden decir muchas cosas acerca de la moralidad, pero sobre todo corresponde decir que se aprende con el ejemplo; y que ese ejemplo debe venir de la iglesia. Nosotros—como dirigentes de iglesia—debemos ser modelos de las virtudes morales que deseamos que se apliquen en el mundo que nos rodea.

En tanto iglesia, nuestra predicación moral debe ser una extensión del ejemplo de amor y compasión de Cristo. No se debe discriminar ni establecer condiciones, sino por el contrario acoger a todos con espíritu de caridad. No podemos prometer que el resultado será una sociedad sin heridas, pero será una sociedad con herramientas espirituales para curar esas heridas.

Un segundo valor esencial es la educación. La educación edifica el respeto hacia el prójimo: la aceptación mutua y la cooperación entre los pueblos. Ofrece oportunidades que hasta entonces estaban vedadas, y, de ese modo, trasciende las divisiones entre clases, y entre grupos étnicos, religiosos y sociales. Una educación auténtica nos permite salir de la caverna de las tinieblas de la superstición, el odio y los prejuicios: los enemigos eternos de una vida humana floreciente.

Hubo un tiempo en el que la educación era el privilegio de unos pocos afortunados. El siglo XX trajo consigo una gran transformación al introducir la educación universal en muchas partes del mundo. Fue un cambio decisivo, que guarda relación con la perspectiva cristiana de la igualdad moral de todos los seres humanos, y con la capacidad que recibieron de Dios de comprender la verdad.

Actualmente no debemos permitir que la iglesia sea apartada de los establecimientos de enseñanza modernos. Debemos defender la identidad de la iglesia como una de las grandes instituciones de enseñanza de la historia de la humanidad. Debemos ocupar las salas de la enseñanza superior; conocer bien los grandes ámbitos de la investigación humana. Y nos cabe orientar los frutos del aprendizaje—especialmente la tecnología—en la dirección de objetivos humanos, que eleven y enriquezcan la vida humana, y no la degraden o la destruyan.

Un tercer valor—estrechamente relacionado con la moralidad y la educación—es la asociación humana fundamental de la familia. Hoy nos inquieta observar no solo el abandono del apoyo social a la familia, sino también una distorsión de la idea misma de lo que constituye la familia. Una vez más, la concepción de la herencia bíblica y 2.000 años de civilización cristiana son muy claros: la unión solemne del hombre y la mujer, la interacción de las generaciones de niños, padres y abuelos: son expresiones de la verdadera diversidad de la humanidad. La familia, en su sentido más profundo, es la realización de nuestra esperanza de que los seres humanos, en su diversidad, puedan reunirse en una unión productiva y amante.

Nuestra fe afirma la familia como la "escuela" que nos enseña la plenitud de nuestra humanidad. Cabe observar que esta concepción está en consonancia con la sabiduría de otras civilizaciones y de otras religiones tradicionales.

Por supuesto, como cristianos tenemos un reto singular en la promoción de la vida familiar— porque nos proporciona algunas de las percepciones más profundas acerca de nuestra relación con Dios. ¿Qué puede significar la Santa Familia para una persona que nunca ha hecho la experiencia de una familia tradicional? ¿Cómo entenderemos el misterio del Niño Jesús, si el nacimiento de un niño se considera una carga en lugar de una bendición y una esperanza? ¿Qué significado tiene la oración del "Padrenuestro"—*Hayr Mer*, en nuestro idioma materno—para una sociedad en la que la paternidad se ha devaluado?

Pero sobre todo, el sacrificio que suele ser parte de la vida familiar está plenamente de acuerdo con el llamamiento cristiano a despojarse de sí mismo y cuidar de los débiles. A medida que se deteriora la familia, también lo hace la iglesia. Así pues, nuestro papel en la formación y la defensa de familias fuertes, amables y amantes es fundamental.

Por último, ¿qué podemos decir del valor de la paz en sí? La paz sigue siendo una realidad evasiva en nuestro mundo. Creemos que esta percepción es la sorpresa más terrible y desmoralizadora del siglo XXI. En vísperas del tercer milenio cristiano, todos teníamos expectativas más positivas y mayores esperanzas por el mundo de lo que observamos actualmente a nuestro alrededor.

Especialmente dolorosos son los disturbios civiles, la violencia intolerable y la guerra en el Oriente Próximo—sobre todo en Siria y Egipto. Ciertamente, nuestro corazón está con las personas que sufren en esa situación de anarquía y violencia. Oramos por todas las familias cualesquiera que sean su origen étnico, su religión, su credo o su raza; e imploramos a Dios que ponga fin a todos los conflictos, para que prevalezca la razón y el diálogo.

En tanto miembros de la Iglesia, estamos profundamente afectados por el terrible sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Durante los últimos años y cada vez con mayor frecuencia, hemos visto que han sido víctimas de la persecución de extremistas – a veces incluso a causa de la indiferencia de las autoridades – precisamente porque son cristianos. Desde la época de los apóstoles, estas comunidades cristianas—de las cuales nuestros compatriotas armenios—han llevado una vida productiva y en paz en el Oriente Próximo, aportando una contribución a sus tierras de adopción. Históricamente, los cristianos han desempeñado el papel de pacificadores en la región. Y su tratamiento es una prueba de la justicia aplicada en sus respectivos países: una prueba respecto de si las autoridades locales y las poblaciones mayoritarias respetan los derechos humanos fundamentales. Los cristianos que sucumben a la violencia en el Oriente Próximo son testimonios del martirio en nuestros días. Nos corresponde a nosotros, en nuestros países de origen y mediante la presente Asamblea, unir nuestras voces y nuestras acciones para impedir actos similares de violencia y contribuir a la instauración de la paz en la región.

Esta realidad habla con una fuerza particular a los armenios. Los tormentos de nuestros hermanos cristianos los conoce demasiado bien nuestro pueblo. En 2015, los armenios de Armenia, Nagorno-Karabaj, y de cada nación de la tierra, conmemorarán un trágico aniversario – cien años desde el mayor cataclismo de nuestra historia: el genocidio de los armenios, perpetrado por los turcos otomanos. Cuatro generaciones se han sucedido desde 1915; pero la memoria de ese tiempo de horror permanece viva. Y esa búsqueda de la justicia—aunque más no sea mediante una simple declaración oficial de reconocimiento y de condena universal—no morirá.

Y deberían servir a modo de recordatorio de que la violencia y el sufrimiento en nuestro mundo de hoy habrán de proyectar sombrías perspectivas para el siglo XXII y más allá. Estamos agradecidos del hecho de que en los últimos años el CMI, nuestras iglesias hermanas, y más de veinte países han emitido declaraciones oficiales en las que se reconoce y se condena el genocidio armenio. Pero imaginen el dolor y el sufrimiento que se podrían haber evitado—no sólo para nuestro pueblo, sino, posteriormente, para las víctimas de otros genocidios en Europa, Camboya, y África—si hace un siglo el mundo hubiera tomado las medidas necesarias para evitar las atrocidades, las matanzas y las limpiezas étnicas de 1915.

En tanto iglesias, debemos denunciar los crímenes que se comenten en el mundo actualmente. Y debemos hablar con firmeza en favor de una doctrina universal de derechos humanos: tanto si se trata de la lucha por la propia vida en Siria y Egipto, como de la lucha por el derecho a la autodeterminación de un pueblo libre de la República de Nagorno-Karabaj. Debemos hacer valer, con una sola voz, que la violación de esos derechos fundamentales no puede tolerarse en ninguna parte del mundo; porque sin la base de la justicia y los derechos humanos, la paz que buscamos será temporal y aleatoria.

* * *

Los valores inmutables que hemos puesto de relieve aquí son el fruto de la historia de 2.000 años de cristianismo. Son parte del legado que hemos heredado nosotros en tanto la Iglesia. Promover esos valores en la sociedad forma parte de la misión a la que estamos llamados. Debemos realizar esa misión con una actitud de gran humildad, y, al mismo tiempo, debemos expresar nuestra convicción de que esos mismos valores humanos siempre han tenido su expresión más elevada en Jesucristo, y en el movimiento que El estableció.

De hecho, al observar el mundo a nuestro alrededor vemos confusión y dolor en todas partes. En los momentos de angustia, podemos pensar que el mundo de hoy apenas reconocería a Cristo. Aunque, también aquí, el milagro de Emaús nos aporta enseñanzas y nos consuela. Porque sabemos que los viandantes en el camino de Emaús estaban asimismo confundidos y desanimados. Ellos tampoco reconocieron al Señor. Pero cuando el Cristo resucitado se acercó a ellos—los acompañó en su camino y dio respuesta a sus preocupaciones—sus palabras y su presencia dieron sentido al mundo que los rodeaba.

Este es un mensaje que debemos hacer nuestro como la Iglesia—el cuerpo de Cristo en la Tierra. Nuestro empeño de promover la justicia y la paz—así como todo bien—comienza en el encuentro con nuestra gente en el camino. Debemos acercarnos a ellos con compasión; acompañarlos en su caminar; ayudarlos a soportar sus cargas. Al tratar de alcanzar los objetivos más nobles, debemos mantener los pies firmemente en la tierra y mirar a nuestra gente a los ojos, hablándoles en el nombre de Jesucristo. Actuar en medio de ellos con la presencia de Jesucristo.

Hoy, alegra y reconforta nuestro corazón unirnos en la oración de esta Asamblea, implorando a Dios que fortalezca la misión de la Santa Iglesia de Cristo que aporta esperanza. Que el Espíritu siempre aliente nuestros corazones y nos conduzca a la paz y la justicia verdaderas por Jesucristo, nuestro Señor, el Salvador del mundo.

Muchas gracias nuevamente por la invitación a dirigirme a esta asamblea para compartir la cordial comunión del amor fraterno en Cristo. Que su gracia, amor y paz sean con ustedes y con toda la humanidad. Amén.

# # #